

# Capítulo 1

## *Las Tierras Altas de Escocia, verano de 1216*

Cada paso que daba su montura era una agonía.

«No es nada», se dijo con severidad Roarke, moviendo su peso para mitigar la dolorosa presión sobre la columna vertebral. Pero la implacable palpitación en los músculos continuó, un recordatorio incesante de que su cuerpo ya no disfrutaba de la dura elasticidad que otrora había conocido.

Era un descubrimiento amargo.

—Se hace tarde —observó Eric, instando a su caballo a avanzar junto a Roarke. El guerrero enorme de cabello rubio estudió la luz moribunda—. Deberíamos acampar.

El otro meneó la cabeza.

Eric lo miró con sus penetrantes ojos azules. Roarke devolvió el escrutinio de su amigo con rígida indiferencia.

—Como desees —aceptó Eric pasado un momento, encogiéndose de hombros—. Sólo pensaba en los caballos.

—Avanzaremos un poco más —resistió el impulso de cambiar otra vez de posición, por miedo de revelar su fatiga—. Aún podemos encontrarle hoy día.

—Es extraño que aún no hayamos visto señal de él —comentó Donald mientras estiraba los brazos con pereza por encima de la cabeza. Bostezó—. Quizá el elusivo Halcón y su encantadora banda tengan más ganas de presentarse cuando nos hayamos detenido a pasar la noche.

—Es lo que le hicieron a los últimos hombres que envió el lord

MacTier para capturarlos —gruñó Myles. El fornido guerrero escupió con desdén en el suelo—. Los atacaron mientras roncaban después de haber golpeado a los hombres asignados para la guardia.

—Los desnudaron y les robaron los caballos —añadió Eric—. Los idiotas tuvieron que regresar a pie cubiertos con unas ramas estratégicamente situadas sobre sus cuerpos. El lord MacTier se puso furioso.

—Eso no parece muy deportivo —Donald enarcó una ceja con perplejidad—. Una cosa es robar armas y objetos de valor, pero, ¿para qué quería el Halcón llevarse sus faldas?

—Para humillar a sus enemigos —Roarke fue incapaz de contener su disgusto. Era mejor matar a tu oponente, con celeridad y honor, que desnudarlo como si fuera un niño y enviarlo de vuelta a su clan—. El Halcón y sus hombres prefieren el arma de la humillación al corte limpio de la muerte. Si consiguen que MacTier parezca un tonto, entonces otros clanes nos considerarán tontos a todos. Por eso debemos aplastar a esa banda de proscritos.

—Sin embargo, MacTier quiere que capturemos al Halcón con vida —musitó Donald.

—Quiere matar en persona a ese incómodo bastardo —explicó Roarke. Hacía meses que el Halcón era una espina que supuraba en el trasero del lord, y su paciencia se había agotado—. MacTier también lo necesita vivo para averiguar dónde ha escondido la fortuna que nos ha robado.

—Para eso no hace falta que lo arrastremos todo el trayecto hasta nuestras tierras. —La mano grande de Eric se cerró en torno a la empuñadura del pesado puñal que llevaba a la cintura—. Bastará con que le arranquemos unas tiras de piel para que nos diga exactamente lo que queremos saber.

—Nuestras órdenes son llevarlo vivo, Eric —le recordó Roarke.

El guerrero soltó el arma a regañadientes.

—Prefiero la batalla a esta tediosa cacería —se quejó con tono lúgubre—. En el combate no tengo que elegir a quién mato y a quién mutilo.

—¡Por Dios, qué reflexión tan inspiradora! —exclamó Donald con una risa—. Seguro que cuando volvamos a casa seducirás a muchas doncellas hermosas con tu galante filosofía.

—Dejo la seducción de doncellas para ti —bufó Eric—. Tienes la cara bonita para esas tonterías.

—No es mi cara lo que gana sus corazones —afirmó Donald, aunque con sus rasgos finos no se podía negar el atractivo que ejercía so-

bre las mujeres—. Sencillamente yo sé cómo relajar a una gentil doncella... a diferencia de ti, que con ese temible ceño de vikingo logras hacerlas huir despavoridas al regazo de sus madres antes de poder darles los buenos días.

—Las mujeres son criaturas débiles y tontas —la expresión de Eric se oscureció.

—Eric tiene razón —convino Myles rascándose la cabeza afeitada—. Adularlas es un deporte para necios —eructó.

—Es evidente que lleváis bastante tiempo alejados de la compañía femenina —Donald suspiró—. Esta noche comenzaré a daros clases sobre cómo ganar las atenciones de una mujer, y dentro de poco las tendréis a vuestro alrededor como pájaros hambrientos sobre la fruta madura.

—No deseo que las mujeres me rodeen —replicó Eric—. Socavan tu energía y te hacen perder un tiempo que podrías dedicar mejor a entrenarte para la batalla.

—Ah, pero no hay nada más dulce que la suavidad de una joven pegada a tu dureza —entonó Donald con tono soñador—, o la caricia aterciopelada de sus labios húmedos y entreabiertos sobre tu...

—Más adelante hay un claro —interrumpió Roarke—. Id a ver si es un lugar satisfactorio para acampar.

—Encantado —gruñó Eric—. Cualquier cosa con tal de escapar de la infernal cháchara de Donald. —Clavó los talones en los costados de su montura y partió hacia el claro.

—Llegará el día en que supliques mi consejo para conquistar el corazón de una muchacha —gritó Donald con jovialidad y galopó tras él.

—Acompáñalos, Myles —ordenó Roarke—, e intenta evitar que Eric lo mate antes de llegar al claro.

—No será fácil —musitó Myles, partiendo.

Roarke observó mientras sus guerreros desaparecían en el umbroso velo de árboles. Convencido de que estaba solo, movió despacio la cabeza de un lado a otro, gimiendo con alivio ante la oleada de sonidos crujientes que recompensó su esfuerzo. Luego levantó los brazos y los flexionó, mitigando los dolorosos nudos de tensión en los músculos dañados. Gruñó y se adelantó sobre el caballo en un intento por soltar la rigidez de la espalda. Los movimientos apenas consiguieron aplacar su incomodidad, pero incluso una mejoría marginal era superior a nada. Al menos ya podría fingir un mínimo de sosiego cuando desmontara ante sus hombres en vez de sucumbir a la traición de su cuerpo agotado y maltrecho.

—Mira —indicó Donald al ver que Roarke se acercaba—. Parece que alguien ha estado aquí antes que nosotros —extrajo una daga reluciente de la tierra junto a la base de un árbol—. Alguien aficionado a las armas llamativas —añadió mientras daba la vuelta a la empuñadura profusamente enjoyada.

—Por todos los diablos —Myles abrió mucho los ojos—, eso debe valer una pequeña fortuna.

—No es el arma de un guerrero —desdeñó Eric—. Solo un necio confiaría su vida a un instrumento tan absurdo.

Roarke se sintió inquieto. El crepúsculo se había convertido en una membrana nebulosa, haciendo que fuera difícil ver a través de las sombras del tupido ramaje de los pinos y los serbales. Un susurro de sonido acariciaba la quietud, apenas más alto que el aletear de un ala, pero que le pareció fuera de lugar en esa arboleda. Entrecerró los ojos y se afanó por distinguir entre las formas cambiantes que los rodeaban, por oír más allá de la molesta sonoridad de los comentarios de sus guerreros sobre la daga.

No había nada salvo el ocasional gorjeo de un pájaro y el suave crujido causado por un animal al escabullirse por el terreno margoso.

«Estás siendo tonto», se dijo con impaciencia, preguntándose por qué se sentía tenso. «No es nada».

De pronto una red gigantesca cayó de los árboles y atrapó como conejos a sus sobresaltados hombres.

—¡Los tengo! —gritó una voz alegre desde arriba—. ¡Tres moscas gordas en una red pegajosa!

—¡Buen trabajo, Magnus! —dijo otro—. ¡Pero aún queda uno!

Roarke clavó los talones en su montura y se lanzó hacia delante, esquivando apenas la segunda red.

—¡Fallaste, Lewis! —gritó un tipo alto que descendió de los árboles con agilidad felina. Contempló a Roarke con cautela distante mientras analizaba su siguiente movimiento.

—¡Lo siento! —se disculpó una voz compungida por encima de la cabeza de Roarke.

—No ha sido culpa tuya, muchacho —aseguró la primera voz—. ¡Ese es tan escurridizo como un pez!

—¡Olvidaos de eso, que lo coja alguien! —ordenó el alto, al que ya se le había unido un hombre fornido de pelo rizado e indómito.

Sin prestar atención a Roarke, aferraron los extremos de la red y comenzaron a correr en círculos alrededor de los vociferadores guerreros, que maldecían y se golpeaban mientras intentaban liberarse.

De pronto de entre los árboles otro guerrero irrumpió en el claro sobre un magnífico caballo del color del acero, su espada un destello de plata contra la luz menguante. El nuevo atacante lucía un yelmo oscuro y abollado y una cota de malla finamente entrelazada sobre unos pantalones de algodón tosco. Sus ojos eran dos rendijas negras, pero la sombría determinación con la que empuñaba el arma no dejaba lugar a dudas sobre cuáles eran sus intenciones.

Roarke embistió y recibió el primer mandoble de la hoja de su atacante, que lo hizo retroceder, pero sólo durante un segundo. Al instante el guerrero alzó la espada y se lanzó otra vez sobre él, arremetiendo antes de que pudiera mejorar su posición. Roarke levantó su espada en un poderoso arco y con un estallido de chispas doradas logró desviar el golpe del guerrero. El ruido del acero se mezcló con los juramentos innobles y los aullidos de sus soldados definitivamente enredados.

Su atacante no era rival para el tamaño y la fuerza de Roarke, pero lo que le faltaba en potencia lo compensaba con creces con agilidad y velocidad. Roarke embistió una y otra vez, y cada estocada hizo retroceder un poco a su adversario, hasta que al final se encontraron más allá del claro y percibió que la ventaja era suya. Empleando toda su fuerza elevó la espada en el aire y se preparó para cercenar la cabeza de su contrincante.

El dolor atravesó su glúteo y redujo el rugido a un grito sobresaltado. Otra flecha hendió el aire junto a su oreja y voló hacia su oponente, quien se hizo a un lado, para agitar los brazos con impotencia al caer del caballo. Una tercera saeta pasó silbando, lo que provocó que la montura de Roarke se alzara sobre sus patas traseras, con el doloroso efecto de clavar aún más la punta de hierro en su trasero. Con un juramento salvaje, soltó las riendas y la espada para asir la maldita flecha, luego movió los brazos en el aire antes de caer de forma poco ceremoniosa junto a su atacante.

—¡Como te atrevas a mover un pelo, bestia enorme, plantaré esta flecha en ese corazón codicioso que tienes! —declaró una voz desde arriba.

Roarke clavó la vista en su espada, más allá de su alcance. Hizo acopio del resto de su desfigurada dignidad, apretó los dientes y se apoyó sobre el glúteo bueno.

—No eres tan atrevido ahora que tienes una flecha en el culo, ¿verdad? —cacareó su captor— ¡Qué te sirva de lección por osar meterte con el poderoso Halcón!

Roarke observó al anciano que con manos algo temblorosas le apuntaba al pecho con una flecha.

—¿Tú eres el Halcón? —exigió, incapaz de ocultar su asombro.

Los ojos del ladrón se entrecerraron bajo unas cejas blancas.

—Si pretendes burlarte de mí, deberías saber que he matado a docenas de hombres por mucho menos —estiró la cuerda del arco hasta darle una amenazadora tensión—. ¿Quieres otra flecha en tu cuerpo?

—No era mi intención insultarte —afirmó Roarke sin quitar la vista de la trémula flecha que la mano nudosa de su captor sostenía de forma precaria—. Como vi que te apoya una banda de hombres —miró a los tres que por entonces tenían bien atados a sus vocingleros hombres— di por hecho que eras su líder.

El anciano lo miró con recelo, evaluando la explicación. De pronto su boca arrugada se abrió en una sonrisa amarilla.

—No pasa nada, muchacho —adoptó una postura gallarda—. Resulta fácil comprender tu confusión al enfrentarte a un guerrero tan formidable como yo. El Halcón es quien yace a tu lado —continuó, señalando con el arma al guerrero caído—. Y será mejor que no esté muy herido, o tendré que clavarte otra flecha.

Roarke contempló a su oponente, que no se había movido desde que se desplomó al suelo. Era evidente que la caída lo había atontado. Furioso por haberse visto atrapado por las mismas presas a las que acechaba, alargó la mano y con rudeza le quitó el yelmo al Halcón.

—Dios mío —musitó con voz ronca.

Los ojos aturridos del guerrero se abrieron y lo miraron con expresión confusa. Eran un brillante torbellino de esmeralda y oro, como un bosque de las tierras altas que cambiara de color bajo la luz del sol. El infame Halcón estudió a Roarke un momento con las finas cejas arqueadas como si intentara recordar cómo había ido a parar al suelo a su lado. No mostraba señal de temor, sólo curiosidad infantil, como si su proximidad fuera del todo aceptable, siempre que pudiera recordar la explicación para ello. Roarke analizó con estupor la delicada perfección de la joven y se preguntó cuándo había visto una piel tan sedosa, una nariz tan elegantemente esculpida o labios tan carnosos e invitadores. El cabello se abría sobre el suelo en una oscura y lustrosa capa, sus mechones enredados ondulaban sobre la hierba aplastada como exquisita cerveza negra. Quiso decir algo, pero su capacidad de habla lo había abandonado y se la quedó mirando fijamente, perdido en las inocentes profundidades de su mirada.

—Sufriste una buena caída, Melantha —dijo el anciano—. Menos

mal que llevabas puesto el yelmo, o te habrías roto la cabeza como si fuera un huevo —añadió con una risita—. ¿Te encuentras bien?

—¿Me caí? —La mirada de Melantha siguió sobre el desconocido que la observaba.

Roarke asintió. Si la flecha que tenía clavada en el trasero hubiera llegado una fracción de segundo más tarde, habría cercenado la cabeza de esa magnífica criatura. Una mujer. En realidad, poco más que una muchacha. Se sintió avergonzado y eso le provocó un mareo.

No tenía ni idea de cómo habría podido perdonarse alguna vez semejante atrocidad.

Melantha estudió al atractivo guerrero que la contemplaba desde arriba, confusa por la preocupación que vio marcada en las arrugas de su curtido rostro. Tenía la mente envuelta en la bruma, pero resultaba obvio que ese hombre se hallaba atribulado por su caída.

—Estoy bien —le aseguró, alzando el brazo para apoyar la mano contra la aspereza de su mejilla. El gesto íntimo pareció sorprenderlo, pero ella no retiró la palma. De hecho, la pegó al calor de su piel, fascinada por el duro contorno de la mandíbula bajo sus dedos finos.

—Dudo que ese animal esté demasiado preocupado por cómo te sientes —intervino Magnus—, si tenemos en cuenta que iba a cortarte la cabeza en el momento en que le clavé una flecha en el culo.

El velo que amortajaba la mente de Melantha se evaporó al instante, liberando su memoria con gélida precipitación. Apartó la mano y giró para asir su espada caída antes de ponerse de pie con agilidad.

—¿Quién eres? —exigió, apuntando la hoja a su cuello.

—Me llamo Roarke —repuso con una mueca al intentar equilibrarse sobre su cadera buena.

—Es un buen nombre —observó Magnus apoyándose sobre el arco—. Significa «gobernante sobresaliente». ¿Acaso eres un lord, muchacho?

Roarke meneó la cabeza sin apartar la vista de Melantha. La cota holgada y los pantalones informes ocultaban cualquier rastro de su figura femenina, aunque descubrió que algo despertaba en él su gracia esbelta y flexible mientras se hallaba de pie a su lado.

—Soy un guerrero —declaró.

—¿De qué clan? —la espada de Melantha estaba preparada para cortarle el cuello si respiraba de la manera equivocada—. Y ahórrame tus mentiras, pues si oigo una respuesta diferente de tus buenos soldados, mis hombres disfrutarán despellejándoos despacio hasta que nos contéis la verdad.

—Del clan MacTier —observó fascinado mientras ella entrecerraba los ojos.

—Estáis algo lejos de vuestras tierras —comentó con sequedad—. ¿Qué hacéis en estos bosques?

—Vamos de camino a las tierras de los MacDuff —mintió—. Se nos ha confiado un mensaje que hemos de transmitirle a su señor.

—¿Qué mensaje? —lo estudió con suspicacia.

—Es sólo para oídos del lord MacDuff.

—Miente. —El joven alto y ágil que había saltado primero de los árboles se acercó. No parecía tener más de veintidós años, pero la expresión dura de su cara indicaba que hacía tiempo que había perdido los caprichos de la juventud. El pelo que le llegaba hasta los hombros era castaño y dorado, y lucía una barba bien cuidada del mismo color, que servía para ocultar su relativa falta de años—. No llevan ningún mensaje —observó a Roarke con desprecio.

—¿Cómo lo sabes, Colin? —inquirió Melantha.

—Porque los otros ya han revelado que venían aquí a capturar al Halcón —contestó—. Da la impresión de que hemos atrapado a cuatro de los más finos hombres del lord MacTier —indicó con un tono altamente desdeñoso.

Melantha apretó la punta de la espada contra la base del cuello de Roarke.

—Te advierto de que no tengo paciencia con los hombres que carecen del valor para decir la verdad —anunció con voz ominosa.

—Y yo te advierto —gruñó Roarke haciendo la hoja a un lado— de que no aceptaré que me pinches con esa espada oxidada como si fuera un trozo de carne fibrosa.

Colin se adelantó y plantó su arma en el pecho de Roarke.

—Repíte eso —invitó con calma mortal—, y me encargaré de que sea lo último que hagas en la vida.

—Vamos, muchachos, ya está bien —objetó Magnus—. Me parece que por hoy ya ha habido suficiente lucha. A estos MacTier los hemos apresado con poco daño salvo por una flecha en este enorme animal, y aunque seguro que le escuece un poco, no creo que vaya a matarlo.

—Es una pena —espetó Colin sin apartar la espada de Roarke—. Quizá debería remediarlo.

—Ya es suficiente, Colin —indicó Melantha—. Llévalo con los otros y átalos. Lewis los vigilará mientras hablamos.

—De pie, MacTier —ordenó Colin.



Roarke se levantó con incomodidad y cojeó hasta sus hombros, apretando la mandíbula ante el dolor que le atravesaba el glúteo. Sus guerreros lo miraron con expresión sombría detrás de la red.

—¿Es grave la herida? —quiso saber Eric, incapaz de ver la flecha que sobresalía de su trasero.

—No —fue la seca contestación de Roarke.

—¿Dónde ha sido? —preguntó Donald.

Roarke titubeó. Al darse cuenta de que no podía caminar por ahí con una flecha en el glúteo sin que ellos se enteraran, se volvió.

—Eso es... muy desafortunado —logró comentar Donald, esforzándose por no soltar una carcajada.

—No creo que alguna vez te hayan herido ahí —indicó Myles.

—Le harán falta puntos —dijo Eric—. La carne en esa zona es suave y se desgarrar con facilidad...

—¡No es nada! —exclamó Roarke, deseando que todos se callaran—. Olvidadlo.

—Dame las muñecas —ordenó Colin mientras sostenía una cuerda—. Y no intentes hacer nada o Lewis te destripará como a un pescado.

Un joven larguirucho y desmañado con el pelo rojo sangre y piel pecosa se adelantó con gesto nervioso. Roarke dudó de que Lewis tuviera mucha experiencia destripando algo que no fuera pequeño y no estuviera muerto ya, pero se contuvo de comentarlo. Extendió las muñecas y permitió que Colin lo atara a un árbol.

—Lewis, vigílalos mientras los demás hablamos —instruyó Colin—. Si alguno te plantea algún problema, mátalos.

Lewis miró con expresión aprensiva a Roarke, y éste lo estudió con gesto torvo, haciendo que el pobre muchacho retrocediera con paso inseguro. Roarke puso los ojos en blanco, incapaz de creer que se había dejado capturar por semejante banda de ridículos ineptos. Si tuviera las manos libres y el trasero sin esa maldita flecha, habría podido dominar a todo el miserable grupo.

Pero, por el momento, poco más podía hacer salvo contemplar con el ceño fruncido a los miembros del grupo del Halcón reunidos más allá del claro.

—Son tipos hoscos, eso está claro —rió entre dientes Magnus mientras meneaba la cabeza—. Veamos si una buena caminata de regreso junto al lord MacTier sin sus faldas les quita esa hostilidad.

—No podemos dejarlos marchar —objetó Colin—. Vinieron a

buscarnos y nos han encontrado. Si los soltamos, reunirán un ejército y volverán.

—Acabemos con ellos. —Finlay clavó su espada en el suelo y escupió.

—¿Sugieres que los matemos? —los ojos entrecerrados de Magnus se abrieron mucho por la sorpresa.

—No veo modo de evitarlo, Magnus —Colin lo observó con seriedad.

—Pero ese no es nuestro estilo —protestó el otro—. Somos ladrones, amigos, no asesinos a sangre fría.

—No se trata de un asesinato —replicó Colin—. Nos protegemos a nosotros mismos y a nuestro clan de otros ataques. Además, han visto a Melantha. No podemos permitir que se marchen sabiendo quién es el Halcón en realidad.

—Esto es terrible —se quejó Magnus—. Sabéis que no siento un amor especial por los MacTier, pero hasta ahora nuestro único delito ha sido robarles y machacar un poco su orgullo. Es mucho más serio acabar con esos muchachos como si fueran ciervos atrapados.

—No es peor que lo que los MacTier hicieron con nuestra gente la noche que nos atacaron —recordó Colin con furia—. Perdimos a más de dos docenas de hombres ante el salvajismo de sus guerreros. Lo más probable es que estos cuatro participaran en la carnicería. Es hora de que le paguemos a los MacTier con la misma moneda... con su misma sangre.

—Colin tiene razón. —Finlay extrajo la espada del suelo—. Acabemos de una vez.

—No.

Colin contempló a Melantha con incredulidad.

—Pero si los dejamos ir...

—Si los dejamos ir, traerán a más guerreros para buscarnos —reconoció ella—. Pero si los matamos, MacTier se enfurecerá. Puede que no sepa quién es el responsable del acto, pero se cerciorará de que su ira la sientan todos aquellos clanes cuyas tierras lindan con estos bosques. Nuestra gente no puede resistir otro ataque, Colin. No podemos matarlos.

—Si no podemos liberarlos ni matarlos, entonces, ¿qué demonios vamos a hacer con ellos? —exigió saber.

—Tendremos que llevarlos con nosotros.

—¿Con nosotros? —repitió Magnus—. ¿Te refieres como prisioneros?

—Para nosotros valen más vivos que muertos —ella asintió—. Podemos devolvérselos a MacTier a cambio de un rescate..., sus vidas por dinero y mercancías.

—Eso es una locura —protestó Colin—. Incluso dando por hecho que a MacTier le importen estos guerreros lo suficiente como para pagar un rescate por ellos, en cuanto los soltemos atacará a nuestro clan y recuperará lo pagado, y mucho más.

—Eso depende de la cuantía del rescate —replicó Melantha—. Si exigimos suficiente dinero para comprarnos la protección de un ejército, MacTier no se atreverá a atacarnos después de haberlos liberado.

—¿Qué ejército? —Finlay la observó confuso.

—Los MacKenzie tienen un ejército poderoso —explicó ella—. Están lo bastante cerca de nosotros como para llegar con rapidez si les enviáramos un mensaje diciendo que los necesitamos.

—La caída del caballo te impide pensar con claridad, muchacha —objetó Magnus—. Los MacKenzie no tienen ningún interés en ayudarnos.

—Fuimos a solicitar el auxilio del lord MacKenzie después de que los MacTier nos atacaran —le recordó Colin—. El viejo bastardo se negó.

—Porque dijo que no teníamos qué ofrecerle a cambio. Los MacTier nos lo habían arrebatado todo, de modo que no disponíamos de nada para establecer un trueque. Pero si MacTier está dispuesto a pagarnos en oro por el retorno de sus guerreros, entonces podremos comprar la protección de los MacKenzie.

—Puede que la chica tenga un poco de razón —indicó Magnus mientras se mesaba la barba blanca en un gesto reflexivo—. El viejo MacKenzie siempre ha sido un bastardo codicioso. No creo que rechazara un saco de oro a cambio del empleo esporádico de algunos de sus guerreros. Además, esos muchachos siempre se mueren por pelear.

—No me gusta —afirmó Colin—. Eso sacaría nuestra batalla con los MacTier fuera de los bosques y la conduciría directamente a nuestras tierras.

—No tenemos elección —arguyó Melantha—. No podemos dejar que estos guerreros se marchen, y si los matamos, MacTier terminará ante nuestro castillo exigiendo saber quién es el responsable. Al menos de esta manera se verá obligado a pagar, y así dispondremos de la oportunidad de arreglar nuestra protección.

—Muy bien —cedió Colin—. Los llevaremos con nosotros. Pero

comprende esto, Melantha, si el consejo no acepta pedir un rescate por ellos, no nos quedará más alternativa que matarlos.

—El consejo lo aprobará —aseguró ella— en cuanto entienda lo que podemos ganar manteniéndolos con vida.

—Es vuestro día de suerte, amigos —anunció Magnus con júbilo cuando regresaron al claro—. Hemos acordado dejaros vivir, aunque bajo ningún concepto fue una decisión unánime. Yo estaba a favor de haceros picadillo y serviros como alimento a los lobos.

—Una decisión excelente —comentó Donald desde la apretura de su prisión de cuerdas—. Os felicito por vuestro juicio excepcionalmente sensato.

—Pasaremos aquí la noche —anunció Melantha—. Lewis y Finlay, quitadle la red a esos hombres. Asegurad sus muñecas y tobillos para que no sientan la tentación de huir. Magnus, enciende un fuego. Colin, haz la primera guardia. Yo voy a llevar los caballos al arroyo —recogió las riendas de las monturas mientras sus hombres se dedicaban a ejecutar sus órdenes.

—Odio molestar —intervino Roarke—, pero, ¿piensas dejarme de pie toda la noche junto a un árbol con esta flecha clavada en mi cuerpo?

—La idea no me perturba —Melantha se encogió de hombros—. Si te sientes incómodo, Magnus te la quitará.

Roarke frunció el ceño.

—No quiero ofender, pero las manos de ese anciano tiemblan tanto que apenas puede mantener los dedos pegados a ellas. Si te da lo mismo, preferiría que me la extrajera uno de mis hombres.

—No soy tan tonta como para soltar a uno de tus hombres y permitir que manipule un objeto punzante —lo contempló con frialdad—. Magnus la quitará, o puedes sufrir hasta que la herida supure y envenene todo tu cuerpo. Si mueres, me ahorrará el problema de matarte yo misma. —Se llevó los caballos.

Furioso, Roarke la observó marcharse. ¿De verdad pensó que había algo remotamente atractivo en esa muchacha ridículamente ataviada? Era una zorra pequeña y despiadada, y si no estuviera atado la doblaría sobre la rodilla y le daría unos buenos azotes.

—Vamos, muchacho, no hay motivo para la alarma —aseveró Magnus—. He sacado muchas flechas en mis tiempos, y casi todos han sobrevivido para contarlos. ¡Aunque es posible que tú no quieras contar cómo terminaste con la falda pegada al culo! —se palmeó la pierna y soltó una carcajada, divertido por la situación de Roarke.

—Cerciórate de que sacas la maldita cosa en línea recta —musitó Roarke cuando Finlay lo soltó del árbol. Se tumbó sobre el suelo.

Magnus se arrodilló a su lado y apoyó la mano nudosa sobre el glúteo palpitante de Roarke.

—Será tan recta y certera como el disparo que la clavó ahí —prometió.

—¿Quieres decir que apuntabas a mi trasero?

—No seas necio —reprendió el anciano, asiendo la flecha—. De no ser por estas manos temblorosas, te habría dado de lleno en el corazón —tiró hacia arriba y extrajo la saeta con un chorro de sangre. Roarke soltó un juramento—. ¡Mirad! —gritó Magnus feliz—. ¡Podré usarla otra vez!

—Me alegra oírlo —logró decir Roarke de forma sucinta—. Mañana podrás disparármela al otro lado.

—Sólo si me das motivos —Magnus arrojó la flecha al suelo—. Y ahora echemos un vistazo a la herida —levantó la falda ensangrentada de Roarke y chasqueó la lengua—. Bueno, no es la peor que he visto, pero temo que necesitará uno o dos puntos. No temas, te coseré tan bien que te sentirás orgulloso de mostrar la herida a cualquiera.

—Lo dudo.

—Finlay, tráeme aguja e hilo y un trozo de algodón para limpiar la sangre. Fíjate si estos muchachos tienen algo de cerveza —añadió con esperanza—. La nuestra se ha acabado.

—No tenemos cerveza —informó Roarke.

—Es una pena —Magnus suspiró—, siempre coso mejor cuando he mojado el gaznate.

—Intentaré estar mejor preparado la próxima vez —prometió Roarke con voz seca.

Finlay regresó unos momentos más tarde con las cosas que le habían solicitado. A pesar de su determinación de permanecer relajado, Roarke no pudo evitar tensar los músculos del glúteo mientras aguardaba que la aguja le atravesara la piel. No pasó nada. Giró la cabeza, preguntándose qué diablos esperaba el anciano.

Magnus tenía las cejas blancas fruncidas mientras se afanaba por enhebrar la aguja. A pesar de todos sus esfuerzos, no era capaz de dejar quietas las manos temblorosas el tiempo suficiente para lograr lo que se proponía. Al final, en un arranque de exasperación, Roarke se la quitó y él mismo pasó el hilo.

—Toma —dijo, depositándola en la mano de Magnus.

—Vaya, gracias, muchacho. Mi vista ya no es lo que era —contem-

pló la aguja a través de unos ojos como rendijas, cerciorándose de que sostenía la aguja de hierro entre los dedos, y luego observó la herida de Roarke—. No tardaré más que un momento —declaró con jovialidad.

Roarke apretó los dientes y en silencio soportó los torpes puntos de Magnus. Después de lo que pareció una eternidad de pinchazos y tirones, el anciano logró cerrar la herida a su entera satisfacción.

—Ya está —admiró su obra—. Creo que quedarás muy satisfecho.

—No me cabe duda de que ha quedado magnífico —manifestó Roarke con sarcasmo, bajando la falda para cubrirse.

Melantha arrojó otra rama al fuego que había encendido.

—Si has terminado, Magnus, entonces Finlay ya puede atarle las muñecas y los pies.

—Eso no será necesario —Roarke bostezó—. No iré a ninguna parte.

—Tienes razón —convino ella—, no lo harás.

La miró con expresión lóbrega mientras Finlay lo ataba.

—Yo haré la guardia después de ti, Colin —expuso ella, acomodándose en el suelo con la espada al lado—. Despiértame antes de que te sientas muy agotado —se cubrió los ojos con el brazo.

Roarke observó mientras el resto de los ladrones se preparaba para pasar la noche. Eric, Donald y Myles yacían atados a menos de un metro de él sin quitarle la vista de encima, a la espera de que les diera alguna señal. Meneó la cabeza. No había nada más que pudieran hacer esa noche salvo dormir un poco. Eric lo miró frustrado, hasta que al final cerró los ojos. Roarke se acomodó boca abajo y analizó la situación en la que se hallaban.

Fueran cuales fueren las intenciones de esa ridícula banda de proscritos, tenía casi la certeza de que no planeaban matarlo ni a él ni a sus hombres... al menos no adrede. Probablemente pensaban mantenerlos prisioneros durante la noche, para luego quitarles sus pertenencias y enviarlos a pie a sus tierras por la mañana, igual que hicieron con los degradados MacTier antes que ellos.

No pensaba dejar que eso sucediera.

A la primera oportunidad que se le presentara se lanzaría sobre uno de sus captores y exigiría que los otros liberaran a sus hombres. Luego los tomaría a todos prisioneros y los escoltaría a presencia del lord MacTier.

Sus órdenes habían sido aplastar a la banda y regresar únicamente con el Halcón, pero no le gustaba la idea de matar a esos hombres. El pobre Lewis era poco más que un muchacho, y el tembloroso Magnus

demasiado viejo para merecer que lo mataran. Finlay era duro e impetuoso, pero se trataba de cualidades que Roarke admiraba en un guerrero joven, de modo que le desagradaba la noción de extinguirlas. En cuanto a Colin, era un necio atolondrado, y gustoso lo atravesaría con su espada, de no ser por el hecho de que se mostraba ferozmente protector con Melantha. Era evidente que el joven estaba enamorado de ella. Giró la cabeza para estudiarla y se preguntó si podría sentir algún interés por un muchacho tan inexperto y presuntuoso.

Melantha yacía de cara al fuego, con un brazo bajo la cabeza y el otro sobre la espada. El pelo del color de la cerveza se extendía en ondas, y Roarke pensó cómo sería tocar algo tan sedoso y fino. La luz de las llamas jugaba sobre su piel, resaltando el contorno de la mejilla, la curva elegante de la nariz, la extensión ligera de las pestañas sobre los ojos. Parecía increíblemente vulnerable allí tendida, como una niña que se hubiera quedado dormida y necesitara que la llevaran a la cama.

¿Cómo era posible que esa extraña joven se hubiera labrado una reputación formidable como el Halcón, famoso por sus hazañas inteligentes y osadas mientras caía sobre aquellos que se cruzaban en su camino? La recordó galopando hacia él a través del bosque, con la espada alzada mientras se enfrentaba a un oponente que casi duplicaba su tamaño. El coraje que había demostrado en aquel momento fue impresionante. Y pasmosamente estúpido. Había estado a punto de cercenarle la cabeza.

Desterró el pensamiento de su mente y siguió estudiándola. ¿Qué la había impulsado a coquetear con un juego tan peligroso? ¿Simple codicia o quizá aburrimiento? Rememoró la intensidad de su mirada cuando se enteró de que sus hombres y él eran MacTier. Una furia terrible había ensombrecido esos ojos verdes, un asco amargo que iba más allá del simple desprecio.

Fuera cual fuere su motivación para robar, no se trataba de una muchacha que buscara chucherías por deporte.

Un gemido leve escapó de labios de Melantha. Roarke observó fascinado mientras apretaba con más fuerza la espada y la mandíbula se le tensaba.

—No pasa nada, pequeña —dijo Magnus en voz baja y apaciguadora—. No tienes nada que temer, Melantha, todos se encuentran a salvo. Vuelve a dormirte.

No se despertó, pero vaciló, evaluando esas palabras.

Entonces suspiró y bajó la cabeza en gesto protector hacia su cuerpo, sin que la mano delgada soltara la empuñadura de la espada.